

EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO DIRIGIDO POR

DON CARLOS FRONTAURA

DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DÍA

No me dirán Vds. ahora que no tengo razon cuando repito que desconfío de todos los politiquillos que se estilan en España y que la llevan á vuelcos á su completa ruina.

Cuando el Sr. Ruiz Zorrilla, hará cosa de quince días, se levantó en las Córtes y dijo que habia perdido la fe en ciertas cosas, que se sentia incapaz de desempeñar el importante papel que los políticos le habian confiado, que no queria engañar á nadie, y que en su consecuencia, renunciaba al mundo y á sus pompas y vanidades, dije yo:

—Eres turco y no te creo. En cuanto venga aquí una crisis de esas que á cada ocho días estamos viendo, y conviden á D. Manuel con una cartera, estoy viendo cómo renacen en él la fe y la energia, y creyéndose capaz de salvar á España, en dos saltos se planta en Madrid. olvidando las duras de la vida campestre de Tablada.

—Pero, hombre, siempre has de pensar mal de los políticos, me dijo un amigo á quien yo comunicaba estas observaciones. En este hombre se ve claramente la contricion y el firme propósito de la enmienda. Se ha arrepentido de haber sido político, y se retira al desierto á pedir que Dios le perdone todos sus errores pasados. Ya verás cómo no le arrancan de Tablada aunque vayan con el palio y le lleven el coche de gala en que cada cinco ó seis meses va D. Amadeo á abrir las Córtes. Se le conoce la sinceridad de los propósitos... Este es un político arrepentido, pero arrepentido de corazon. ¡Ojalá muchos le imitaran, que otro gallo nos cantaria á la vuelta de algun tiempo!

—¡Válgame Dios! respondí; no conoces tú á estos hombres: el vicio de la politica es como el de la embriaguez; el que se acostumbra á él no puede desecharlo, y político vive y político muere.

¡Digo, si conoceria yo á los políticos! Quince días han pasado apenas, y ya tienen Vds. otra vez á D. Manuel en

Madrid, paseando en coche que paga la nacion, y tirando líneas y planes para salvar á la patria.

Eso sí, hay que hacerle justicia; el hombre, á lo que parece, ha venido contra su voluntad, y sólo obedeciendo á fuerza mayor. Toda la Tertulia progresista en peso, los diputados radicales, los comisionados de todos los gremios progresistas, un célebre embalsamador, dos ministros y otra multitud de hombres notables, fueron á Tablada resueltos y decididos á secuestrarle.

Eran próximamente 30 contra uno solo, y el hombre que vió que tenia que dar de comer á tanta gente, y que en veinticuatro horas iban á comerle un costado y parte del otro, se alarmó seriamente, como á cualquiera le hubiera sucedido en su caso, y haciendo de tripas corazon se resignó con su negra estrella, y sin acordarse siquiera de disponer almuerzo para sus secuestradores, tomó la heroica resolucion de hacer el costoso sacrificio de su tranquilo sosiego en aras del bien de la patria, que ya verán Vds. cómo no se lo agradece mucho más que le ha agradecido á Topete la serie de sacrificios que ha realizado.

En aquella patética escena, cuya relacion no he podido leer en *El Imparcial* sin derramar lágrimas como cascabeles, hubo desmayos, deprecaciones, abrazos, entusiasmo indescriptible, como en los viajes de D. Amadeo.

¡Les digo á ustedes que el ser hombre grande es una carga verdaderamente insoportable! De buena ó de mala gana; todo ilustre patriota está obligado á sacrificarse siempre y cuando los intereses de la patria se lo exijan, sin que le valga ninguna excusa. Nada, no hay remedio. Un hombre puesto en este caso tiene que apechugar con todo, y resignarse á cobrar 6.000 duros, y á pasear en coche que le paga la nacion, y á ser vitoreado por las turbas inconscientes, como dicen ahora, y á sufrir que le desgarran los oidos las murgas con el himno de Riego y el Trágala, y el himno de la República y la Marsellesa, y hasta las Habas verdes.

¡Ay! ¡Qué felices somos los hombres oscuros que vivimos del sudor de nuestra frente, y no tenemos la obligacion de estar salvando á la patria á cada triqui tráque!

¡Con qué envidia contemplarán nuestra humilde medianía hombres de la talla de un Zorrilla ó de un Topete, condenados á sacrificarse á cualquier hora!



Si he de hablar con franqueza, lo que me ha dado mucho en qué pensar, ha sido el leer en los periódicos, que cuando el Sr. Ruiz Zorrilla llegó á su casa el domingo pasado por la tarde, tuvo que salir al balcon á arengar á la muchedumbre radical que llenaba la calle de San Marcos, y entre otras cosas dijo que la revolucion, que hasta ahora ha estado medio eclipsada, brillará con nuevo esplendor, y no encontrará ya obstáculos en su camino.

¡Cielos! ¡Conque la revolucion, á lo que presumo, comienza ahora de veras? ¡Conque lo que hemos visto en estos cuatro años no ha sido más que un pálido crepúsculo de lo que nos falta que ver?

Ahora sí que es tiempo de decir «¡Apaga y vámonos!»

Si el haber recargado nuestra Deuda pública con unos ocho ó diez mil millocejos más, y haber hecho subir en un doble las contribuciones; si el haber demolido la mitad de los templos consagrados al catolicismo, y haber condenado á la abstinencia al clero, y haber matado de hambre á cuatro ó cinco mil maestros, y haber establecido el matrimonio civil, declarando ilegítimos á los hijos nacidos en matrimonio hecho en la iglesia como Dios quiere y manda, y el haber dado motivo á que nuestras posesiones de Ultramar estén á punto de perderse despues de habernos costado un rio de oro y un mar de sangre, y el haber hecho á tiros y á estacazos tres ó cuatro elecciones generales, que han causado más víctimas que el cólera y el tifus, y el habernos hecho objeto de la compasion de todas las naciones cultas, y el habernos traído cuatro ó cinco sublevaciones, y el habernos metido en una guerra civil que cada dia toma proporciones más alarmantes, y el haber convertido á España en una verdadera torre de Babel, si todo esto no es más que una ligera muestra de lo que nos falta que ver, y la revolucion que ya nos tiene completamente arruinados comienza ahora con nueva fuerza, dígoles á Vds. que la perspectiva es de las más agradables.

Díganos, por compasion, Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla, ¿qué es lo que nos falta que ver despues de haber visto tanto? Como no sea que á todos los españoles nos frian en sartén y á todas las españolas las lleven á vender al mercado del Gran Turco, y nuestras hermosas provincias se las regalen á los beduinos para que traigan á pastar sus caballos, yo no acierto qué otra cosa puede querer la revolucion hacer con España.

¿Conque ahora va á comenzar de veras?

Pues, señor, háganos V. la merced de darnos á todos los que no somos revolucionarios un pasaporte grátis para que, á imitacion del pueblo hebreo, nos diseminemos por todas las naciones del globo mendigando por caridad un pedazo de pan duro de los corazones compasivos.



Hablemos de otro asunto ménos triste, si puede haber algo que no sea triste cuando de la revolucion se hablar

La nueva revolucion ha comenzado, en efecto, como anunciaba el Sr. Ruiz Zorrilla, y ha principiado por donde deben comenzar todas estas cosas, por dejar cesantes á todos los empleados chicos y grandes de la situacion caida, á fin de colocar en sus puestos, como es muy justo, á todos los radicales que traian un hambre de cinco meses.

¡Valiente trasiego anda á estas horas en todas las oficinas públicas, de las cuales se despiden los inquilinos viejos (es decir, viejos de cuatro ó cinco meses), y llegan á poblarlas los inquilinos nuevos, que no durarán probablemente más tiempo que sus dignos antecesores!

No parece sino que ha caido una epidemia en todos los centros oficiales.

En dos ó tres dias todos los empleados de cierta categoría se han puesto enfermos, y por falta de salud han dimitido sus cargos.

Aunque los que vienen á sustituirlos parece que gozan de una salud robusta, pueden Vds. compadecerlos, porque á la vuelta de algunos meses les acometerá el mismo mal y tendrán que dejar el puesto, y lo que es peor, el sueldo, á los otros, que ya se habrán restablecido.



Dignos son de compasion esos pobres empleados que pasan al hospital de los cesantes. Pero ¿qué me dicen ustedes de los diputados y senadores que hace dos meses se gastaron cada uno cuatro ó cinco mil duros en la eleccion, contando con que su honroso encargo les duraria tres años, y de la noche á la mañana se van á encontrar con un decreto de disolucion de Cortes que los deja reducidos á la oscura condicion de simples ciudadanos? ¿No les parece á Vds. que la broma ha sido pesada?

Hombre ha habido á quien ha venido á salirle á dos mil reales cada una de las sesiones á que ha asistido. Figúrense Vds. que pagaran adelantado en un teatro el abono á un palco para tres temporadas cousecutivas, y que á la décima representacion tronara la empresa, se disolviera la compañía y se quedasen sin el abono y sin el dinero...

¿Les daría á Vds. gusto?

Pues el mismo gusto les habrá dado á los representantes de la nacion el saber que van á ser *disueltos* cuando aún no le habian tomado el gusto á lo que pagaron en buena moneda contante y sonante.



A última hora he leído en los periódicos una carta dirigida al marqués de Campo Sagrado por el duque de Montpensier, en la que éste declara que la esperanza de la patria es el príncipe D. Alfonso. Sigue á esta carta un manifiesto de doscientos y tantos personajes políticos que están conformes con las declaraciones de dicho señor duque.

Ignoramos si estos documentos son auténticos; si lo son, creemos que en la opinioin han de producir gran efecto.

Verdaderamente, ¿qué otra esperanza puede haber para los que no quieren la tiranía ni la anarquía, ni exageraciones y extremos peligrosos en el gobierno del país?

EL NUEVO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

AGORA COMPUESTO POR UN POBRE DIABLO
QUE NO HA SIDO TODAVÍA NI SIQUIERA GOBERNADOR
DE UNA ÍNSULA.

CAPITULO PRIMERO DE LA SEGUNDA PARTE

Donde se refiere cómo á Don Quijote, que habia curado, al parecer, de su locura, fuéronle á quitar el poco juicio recobrado más de trescientos famosos caballeros andantes, con otras cosas que verá quien leyere.

Dió fin la primera parte de estas maravillosas aventuras del nuevo Don Quijote, recobrando tan buen caballero el juicio que perdiera, á puro de empeñarse en que habia de gobernar el reino, y enojarse grandemente de que otro aborrecido émulo, ántes muy su amigo, lo gobernara, cuando sólo en sí mismo reconocia prendas superiores y las más propias para tan gran empresa, que si fué en todos los tiempos difícil y peligrosa para hombres de gran ciencia y vasto saber, muy más lo será para los que, amende no tener talento, ni han podido reunir caudal de experiencia, ni tienen motivo alguno para conocer, aunque la traigan entre manos, lo que es la buena gobernacion del Estado.

Pero nada hay más atrevido que la ignorancia, y por ende se ve á tantos que, apénas anduvieron á la escuela, y luego en las aulas, en más graves estudios, siempre enseñaron la oreja y metieron la pata, convertidos de la noche á la mañana en gobernantes, ministros y personas de suposicion, y mucho más medrados que los pobres maestros que tanto pasaron con ellos, y tanto hubieron de sufrir de su notoria torpeza y singular haraganería. *Audaces fortuna juvat*, que dijo el apóstol, si no fué que lo dijo otro.

Pues aconteció que mi Don Quijote, en aquella dicha de recobrar el juicio, cogió y fué, y dirigiéndose á donde estaban juntos los locos, tirándose los trastos á la cabeza y diciéndose mil denuestos, como entre locos se acostumbra, les enderezó con clara y sonora voz, á modo de un discurso, en el cual, poco más ó ménos, vino á decir que, habiendo recobrado, por misericordia de Dios, el quebrantado juicio, estimábalo muy mucho para exponerse á volver á perderlo, y que así, en aquel punto, se retiraba de las aventuras en que ellos andaban malamente entretenidos; protestaba no tornar á tener trato con tales gentes en los dias de su vida; reconocíase incapaz de gobernar reino alguno, aunque fuera tamaño como una lenteja, y desde allí se partía á su casa solariega de Castilla, ganoso de vivir sosegado y en el dulce reposo que le permitian sus rentas, convencido de haber estado loco de remate, y no queriendo ni en broma que la razon recobrada volviera á abandonarle.

Y con estas razones que acreditaban su curacion, fuese en paz y en gracia de Dios camino de su aldea, regocijado sólo con pensar que iba á ver á sus fieles servidores labriegos, á los traviesos hijuelos de estos, que tanto en otro tiempo le habian entretenido cuando los veía retozando en camisilla, revolcándose sobre la yerba, y á la inteligente mula de la noria, que, en cuanto le olfateaba, en seguida

enderezaba las orejas para hacerle comprender su agradecimiento, y relamiase de puro gusto pensando en que el siguiente dia volveria á saborear la rica leche de la dulce oveja, la dorada miel de su colmena, la sabrosa cecina, el incomparable queso burgalés... y gozaria todas las inefabables delicias de la tranquila vida campestre, sin que vinieran á acibarar sus horas enojosos pretendientes, interesados amigos, alevos enemigos, y la turba multa de parásitos que, entre locos como entre cuerdos, siempre rodean, empujan, sofocan y ahogan al que puede dispensar mercedes.

Con estos halagüeños pensamientos llegó Don Quijote á la apacible aldea, donde fué recibido con alegría y regocijo, y sus leales labriegos le festejaron, y los gallos le saludaron con repetidos cacareos, y los perros se deshicieron en halagos y caricias con mucho meneo de cola, y el padre cura del lugar le acogió con verdadero amor y sin pizca de enojo; y aunque Don Quijote habia, cuando loco de remate, atropellado todo lo que olia á iglesia, le absolvió benévolo y generoso, y el médico tuvo gran contento en ver sano á quien habia visto en la córte tan sin razon y extraviado.

Y era de oír á Don Quijote en los seis ó siete dias siguientes al de su llegada con qué claridad de juicio discurría, y cómo se asombraba de haber tenido, por influencia del enemigo malo, aquella manía grotesca de ser gobernante, y cuán enérgicamente protestaba de no volverlo más á hacer, persuadido de que ni él servia para semejante cosa, ni podia gobernar nadie á la turba multa de locos que componian los llamados partidos en el reino de la locura, ni estaba bien que él, un hombre de pelo en pecho, fuese juguete del mozalbete que hacia por aquel entónces el principal papel en la monarquía de los locos.

Con tan buenos propósitos daba gran contento á su honrada y amable compañera, virtuosa señora, por todo extremo digna y merecedora de todos los respetos y consideraciones, y cuantos le querian bien holgábanse de aquella milagrosa curacion, y daban gracias á Dios por haber vuelto el juicio á aquella cabeza de chorlito, librandole de grandes andanzas, y sobre todo de hacer un malísimo papel en el mundo á puro de cometer desatinos y locuras.

Mas ¡ay! que cuando ménos se lo pensaba recibió Don Quijote un pliego en minutos llegado por arte de encantamento desde la córte á su apartado retiro, y abriéndolo halló en él unas líneas que decian: «El señorito nos llama; venga V.; se salvó la situacion, cogimos la breva.» Este papel se lo habia mandado otro loco, su compañero, que, por cierto, dábale la manía por creerse el más empingorotado general de los ejercitos del mundo. Suspenso quedó el bueno de D. Quijote leyendo aquel alevoso aviso; dió un suspiro, y cogiendo otro papel, escribió: «Decid al señorito que se alivie; no voy, buen provecho os haga la breva;» y lo envió por donde mismo el otro habia venido.

Pero ya perdió el sosiego, y aquella tarde ni le divirtió ver á los pelones del pueblo retozar, ni le supo bien la dulce leche, ni quiso probar la dorada miel, y estuvo pensabajo y cabiztivo, y hablando luego con el padre capellan se le fueron tres ó cuatro expresiones radicales contra los curas, y en fin, anduvo el hombre como inquieto, distraído, impaciente y preocupado, y en yendose á dormir, no pudo

cerrar los ojos, y cuando, ya rendido, los cerró, expresó en sueños tan desatadas ideas, que su respetable y digna esposa alarmóse grandemente con el temor de que hubiese quedado en el cerebro de su marido una buena parte de la locura de que parecía curado.

Amaneció, y Don Quijote continuó dando evidentes muestras de impaciencia y desasosiego, y agravóse su estado con otros papeles que llegaron, como el primero, en los que se le pedía con grandes instancias el pronto regreso á la corte. Pasó el día, y Don Quijote le pasó ensimismado, lleno de enojos, y unas veces hablaba solo, y otras callaba como un muerto, y en fin, veíase claramente que se hallaba en una crisis suprema, y el médico que vino auguró malamente, y fuese creyendo que otra vez estaba el enfermo en camino de volver á las andadas.

Y en esto llegaron al pueblo en una carroza, que no era otra cosa que un carro de violin, tres caballeros andantes llamados Berangineldo, Riveralto y Pésiles, á quienes acompañaba un famoso mago, químico y embalsamador nombrado Simon, y los cuatro en llegando abrazáronle, le besaron y estrecharon de tal suerte, que el bueno de don Quijote sudaba, y la color se le iba, y no sabia que hacer para desasirse de los cuatro, que, todos á un tiempo, le hablaban, y pedían se partiese con ellos á la corte en derecha.

Resistía el buen caballero, Riveralto le increpaba, Pésiles le lloraba, Berangineldo le apuraba, y el mago le conjuraba con imponentes sibilíticas palabras.

Y estando en este lance vióse venir por el camino una numerosa tropa de caballeros con sus escuderos; los unos montados en derrengados rocines, los otros en beneméritas mulas de labranza, gran número de ellos mal acomodados en carros, y no pocos en el coche de San Francisco,

EL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN

POB

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuación)

CAPÍTULO IX

De cómo Francisco Estévan era un gran escamoteador.

I

Francisco Estévan durmió únicamente algunas horas.

Apénas clareaba el día cuando se levantó.

Rosalía, que era muy madrugadora, andaba ya por la cocina.

—Buenos días, mi buena vieja; la dijo Estévan: cómo tan temprano y ya de pié?

—Toda mi vida me he levantado con estrellas, dijo Rosalía, y por esto cree que me conservo fuerte y ágil á

los cuales, en viendo desde lejos á D. Quijote, apretaron el paso, y con grandes voces uno le saludó, diciéndole:

«¡Oh tú el más andante caballero de la Anunciata, espejo y sol de la andante infantería radical! vuelve con nosotros, donde te espera el ilustre Bambino nuestro señor, que pide el esfuerzo de tu brazo para acabar con los follo- nes y mandrines caballeros de la carlistería, y con las huestes apostólicas del renegado gigante Banasta y del infiel Amadis de la Serranía.» De grado vendrás, si no quieres venir por fuerza.

Y ya estaban todos sobre Don Quijote, y no podía valerse entre tanta gente, y todos hablaban y nadie se entendía, y el héroe corría gran peligro de perecer ahogado en medio de todos aquellos andantes caballeros, flor y nata de la andante caballería, y eso le habria pasado si no se le hubiese ocurrido desmayarse, como lo hizo. Y entónces Riveralto, Berangineldo y Pésiles cogieronle y le llevaron á una estancia apartada, miéntras todos los caballeros, pajes y escuderos quedaron en la plaza dando grandes y desaforadas voces.

No dicen las crónicas lo que pasó en aquella estancia; pero aconteció que poco despues salió Don Quijote con los tres caballeros, y ellos y los trescientos que allí se habian juntado, emprendieron el camino á la corte, donde hicieron su entrada el siguiente día, y Don Quijote fué y tomó otra vez el gobierno del reino, como si nada hubiera pasado.

Llorando quedaron en la aldea los labriegos, pasmado el médico, y todo lleno de asombro y zezobra el bueno del padre cura.

—Desengañese ucé, señor doctor, y así Dios me salve, dijo el capellan al médico; ya le decía yo á vuesarcé que estos que dan en la manía de ser caballeros andantes, y face- dores y desfacedores de gobiernos, no tienen cura, y si al-

los sesenta años: y vos, señorito, ¿habeis pasado bien la noche?

—Muy bien, Rosalía, muy bien.

—Yo me alegro: voy á haceros chocolate: válgame Dios, estoy tan contenta de teneros en casa... pero ¿os ireis pronto, no es verdad? añadió tristemente la buena vieja.

—No sé, contestó Francisco Estévan: podrá suceder que esté algunos días, mucho tiempo, ¿quién sabe? puedo ser que me haga á la vela hoy mismo: no me hagás chocolate, no tengo apetito.

—Andais algo levantado de cascos, dijo Rosalía: ¡ya se vé, esa dama!

—Mi esposa, Rosalía, mi esposa.

—Ya lo creo: no espero que vos hayais sacado de su casa á la hermosa sobrina del señor marqués de Castro-Ponce, sino para casaros con ella. Pero ¿á qué haberla sacado? Es verdad: como no sois marqués, no habrá querido darosla su tío.

—Estás reventando de curiosidad, Rosalía, y no te puedo decir lo que hay en esto: bástete con saber que Doña Cláudia está tan respetada ea mi casa, como si viviera con mi madre.

—Y si no estuviera respetada, contestó vivamente

guna vez parece como que han vuelto á conocimiento, á la menor cosa se les va la burra y vuelven á las andadas.

—Su paternidad me perdone, contestó con buenos modos el Galeno; pero esta vez me ufanaba yo de que mi enfermo estaba curado, por milagro divino.

—Ya lo ha visto usarcé, metido otra vez en el aje de la politiquería andante, trashumante y cargante; y ahora entremos en casa donde tomar descansados un canjilon de chocolate, y esperemos, que pronto hemos de recibir noticias de las locuras que hace por allá el que fué nuestro amigo.

¡Y cuánto que me alegraría que en el camino les salieran los cuadrilleros de la Santa Hermandad, con su alcalde mi cofrade el de Alcabon!...

Y aquí termina el primer capítulo de la segunda parte de *El Nuevo Don Quijote*.

EL DIARIO DE UN SUICIDA.

(CONFIDENCIAS DE LA VIDA ADMINISTRATIVA.)

Hace algunos meses que la prensa noticiara comunicaba al respetable público, entre el anuncio de una boda y el estreno de una zarzuela bufa, la noticia de haber sido encontrado en el estanque de campanillas del Retiro, el cadáver de un hombre regularmente vestido, eu cuya levita se veía un rollo de papeles, de que se incautó el juzgado de guardia.

Una casualidad me hizo poder examinar los papeles del suicida, que eran un verdadero diario; del cual voy á extractar algunos de sus párrafos más interesantes.

Dejémosle la palabra:

Rosana, en cuanto yo lo notara no estaría en ella, ni estaría Simon; no, señor, porque Simon también es muy honrado.

—Pero no se levanta tan temprano como tú, dijo Estévan dando por toda contestación estas palabras y una sonrisa á las severas palabras de su vieja criada.

II

—Perdonad, señor, dijo Simon entrando en la cocina donde acontecia esta escena; no se levanta quien no se acuesta.

—¡Diablo! dijo Francisco: ¿te has estado toda la noche de centinela á la puerta del cuarto de ese bribon?

—Me habiais mandado que le guardase bien.

—Es verdad, contestó Francisco; hay que tomar algunas medidas: tú no puedes guardar siempre á ese infame, buen viejo Simon: trácte un pañuelo.

—¡Un pañuelo!

—Sí, y una cuerda.

—¿Y qué más?

—Un cuchillo.

—¡Señor! exclamó asustado Simon mirando friamente á su amo.

—No se trata de matar á nadie.

—¡Ah! respiro, señorito, respiro, ya lo extrañaba yo:

1834.—Enero.—D. José Aranalde, ministro de Hacienda, me acaba de nombrar escribiente de la secretaria con el sueldo anual de 1.500 rs. En cuanto lo ha sabido doña Baldomera, la madre de Elisa, me ha conminado la orden de casarme y he pasado por todo. Haré que el ministro sea mi padrino.

1835.—7 de Junio.—Acaba de entrar en el ministerio de Hacienda el Sr. D. Juan Alvarez y Mendizabal. Me alegro, por ver si me asciende, pues los tres ministros del año anterior no se han dado por entendidos. Elisa me ha hecho, en cambio, padre de dos robustas criaturas.

1835.—14 de Setiembre.—El nuevo cambio ministerial no me ha afectado, porque Mendizabal sigue en el ministerio; pero Elisa ha vuelto á sentir mareos, y el medico ha mandado que ponga en ama á los dos mellizos. Mi sueldo de 1.500 rs. no alcanza á pagar los bollos que se come mi suegra en una semana: me he dedicado á escribir cartas al uso moderno y memoriales á los cesantes.

1836.—15 de Mayo.—Bendito sea el santo patron de Madrid. En la mañana de este dia ha entrado en el ministerio de Hacienda D. Ventura Aguirre Solarte, y por la tarde ha salido á luz un pequeño Isidro, que hace tres veces abuela á mi suegra doña Baldomera. Elisa está inconsolable porque no ha sido chica y sí chico, y mi suegra, que también desea una nietecita, me ha colmado de injurias. Los mellizos siguen criándose tan robustos como nacieron, aunque ausentes de nuestro lado.

1836.—14 de Agosto.—¡Qué tres meses! Durante ellos, al ministro Aguirre ha sucedido el ministro Egea; al ministro Egea el ministro D'Oliverriague, y al ministro D'Oliverriague el ministro Egea. La secretaria del ministerio es un infierno, á causa de las remociones de empleados. Yo sigo extendiendo nombramientos y cesantías, esperando

y aunque ese bribon tiene cara de ahorcado, ¡diablol para eso están los jueces, para castigar á los criminales.

—La justicia le castigará; pero entre tanto necesito tenerle seguro.

—No se me escapará.

—No: mas seguro estará en la sentina de mi barco.

—¡Ah! es verdad.

—Guardado por mis marinos, que no pueden hablar con nadie.

—Pero, ¿cómo hemos de llevarlo al barco?

—Atado y amordazado.

—Pero verán que se conduce á un hombre.

—No verán.

—Pues no sé.

—Írá en un baul.

—¡Ah!

—Sí.

—¿Y para qué es entonces el cuchillo?

—Para abrir unos agujeros en el baul, á fin de que respire.

—¡Ah! para eso tengo yo una barrena, porque yo, señorito, carpinteo; yo fui algunos años calafate en la galera la *Leona*, y me ha quedado la afición.

(Se continuará.)

que el mejor día, que para mí será el peor, me dejen en la calle. Afortunadamente, mi mujer Elisa no ha vuelto á sentir mareos; cose pantalones para las tropas, y mi suegra se ha dedicado á hacer hilas para los heridos en la guerra.

1837.—18 de Agosto.—Desde mis últimos apuntes han pasado por mí cosas muy gordas. El ministro Ferrer, que sustituyó á Egea, quiso dejarme cesante por haber escrito *ayer* con *h*: yo me disculpé con que en equivalencia escribía siempre *hoy* sin dicha letra, y esto le encolerizó hasta el extremo de amenazarme con un presidio. Dichosamente volvió á ser ministro D. Juan Alvarez y Mendizabal, y pude evitar el golpe, echándole á mi suegra para que le tocara al corazón. Todavía ignoro los medios de que se valdria doña Baldomera; pero lo cierto es que llamándome aparte, me dijo con entonación solemne:

—Leandro, hace tres años que te dí á mi hija, y tú no me has dado aún ninguna nieta.

—Observe V...

—¡Silencio! Justo, Pastor é Isidro son varones. Tu inculicable conducta merecía que te retirase mi protección; pero creo que te enmendarás, y eso me ha movido á sacrificarme por tí. Aquí tienes una credencial de 3.000 rs. que he conquistado del ministro: cómo me las he compuesto para ello es un misterio, que nunca te revelaré. Lo único que te encargo es que digas siempre que tú eres muy liberal, y que tu familia ha sufrido muchísimo por la libertad.

La condición no era muy difícil de cumplir, y acepté la credencial de los 3.000 rs., prometiendo ser más liberal que Riego con tal de conservar mi destino. He corrido presuroso á comunicar á Elisa la fausta nueva, y la pobre, que también por lo visto es muy liberal, me ha hecho otra confianza igualmente importante: la de que piensa que está en camino de ser madre una vez más.

¿Tendré al cabo una hija?

1837.—16 Diciembre.—Ya no cabe duda respecto á los temores de Elisa: se le ha antojado un vestido de terciopelo, pero he logrado engañarla comprándole uno de percal. En cuatro meses no hemos tenido más que cuatro ministros de Hacienda: los Sres. Pita Pizarro, Perez, Seijas y Mon. El primero me trasladó á la dirección de Rentas, el segundo á la de Aduanas, el tercero al Tribunal Mayor de Cuentas, y el cuarto me ha pedido nuevamente para la secretaría del ministerio. Parece que mi letra me empieza á abrir carrera. Durante mi peregrinación he visto cosas ejemplares, que puede que algún día dé á conocer al público; hoy sólo debo decir que en el Tribunal superior de Hacienda hay empleados del siglo anterior, que cuando llueve no asisten á la oficina por temor de mojarse los pies; que si hace sol no creen prudente salir de sus casas; que en días de viento, calificados por ellos de *horrendos*, faltan á su trabajo; que hacen lo mismo con los días *encunados*, ó sea los que están entre dos festivos; que saben *empulmar* pascuas con pascuas, y vacaciones con vacaciones, y que, cuando por una casualidad asisten á la oficina, exclaman, al sentarse, en tono dogmático: *Odia el trabajo y compadece al laborioso*, y después de leer el *Diario* y la *Gaceta* se levantan repitiendo la siguiente sentencia del anterior reinado:

Buen rey tenemos: Fernando se llama;
lo que no se hace hoy... tampoco mañana.

Cuando yo salí de aquella dependencia se estaban examinando las cuentas de la guerra de Sucesión.

Al volver á la secretaría del ministerio he visto que todos mis antiguos compañeros han ascendido. Esperaré con paciencia mi turno.

1838.—Junio 18.—Ya tengo una hija con todo el rostro ocupado por un inmenso lunar que parece enteramente de terciopelo. Doña Baldomera, mi suegra, y la vecina del sobatabanco aseguran que este fenómeno reconoce por causa el haber negado á Elisa el vestido de terciopelo que se la antojó hallándose en estado interesante. Francamente; esto de tener una hija negra, no es muy halagüeño para ningún padre. El pequeño Justo, que es muy tragon, la mordió ayer en un carrillo, equivocándola con una morcilla de las que me ha regalado el padrino de la criatura aterciopelada.

Las tres hojas que seguían en el diario del suicida estaban borradas. Se conoce que las anotaciones habían sido hechas con lápiz, y desaparecieron en el agua. Después continuaba el diario en los términos que copiaremos en el número siguiente.

CASCABELITOS

Parece que se trata de armar á todos los ciudadanos desde 18 á 40 años.

Mucho se alegrarán de esta medida los carlistas y los republicanos. El mismo gobierno les regalará las armas.

No puede hacer más un padre por un hijo.

No es cierto que D. Carlos haya estado enfermo, y menos lo es que se haya muerto.

Pero ahora sí se dice que está medio muerto, y morirá un día de estos, del susto que le ha causado la noticia de la subida del gobierno radical.

A Estartús, por el mismo motivo, le ha dado un patatús.

A Castell, se le ha caído toda la piel á causa de la emoción.

Al cura de Alcabón le ha dado un torozón.

Tristany está que trina mejor que la Ortolani.

Carasa se ha encogido como una pasa.

Velasco se ha tirado de cabeza desde un peñasco.

En fin, todos los cabecillas están más blandos que unas natillas; y se confiesan vencidos y anonadados. Sólo falta, como dice un eminente radical, que les vayan á tocar el himno de Riego, para que dichos cabecillas caigan de rodillas á los pies del primer Zorrilla de los Zorrillas.

Suponemos que el gobierno radical aprovechará la ocasión de que el rey haga un viajecito por Navarra y Vizcaya y por las provincias de Tarragona y Gerona.

Será un triunfo nunca visto.

Y se podrá escribir el segundo tomo de la bonita obra *El rey en Madrid y en provincias*.

El gobierno radical, que hablaba del otro mal porque recogía y denunciaba al *Combate* federal, también recoge y denuncia al mismo *Combate*.

¡Toma! y recogería al *Imparcial* si publicara ahora el sangriento artículo de *La Loca del Vaticano*.

Aquí siempre se representa aquel cuento de *Señores, no hay que empujar*.



España ha estado amenazada de una desgracia horrible. Hubiéramos perecido todos en la mayor desesperación. Ahora que ha pasado el peligro, no hay riesgo en hablar claro.

Pues iba á suceder, que si Ruiz Zorrilla no hubiese venido á Madrid á encargarse del gobierno, el actual ministro de Hacienda se iba al extranjero.

¡Comprenden Vds. ahora la catástrofe?... Sin ese señor, ¿cómo hubiéramos podido vivir? ¡Jesus! ¡qué desolación!



Quiéren los zerrillistas que en la Tertulia progresista, ó no sé dónde, se ponga una lápida con la fecha del 16 de Junio, en que el rey, recobrando su sabiduría que se la tenían secuestrada los sagastinos, llamó á Zorrilla.

Corriente, que la pongan, pero de modo que la puedan quitar luego.

También deben poner otra en la estación del ferrocarril, que diga:

«De este andén salió un tren tal día, para ir á buscar al buen Zorrilla.»

Y otra debajo que diga:

«A este andén llegó el tren donde venía Zorrilla con todos sus filisteos.»

Otra debe ponerse en cada calle por donde pasó Zorrilla cuando vino á tomar las riendas del gobierno:

«Por aquí pasó Zorrilla con toda su camarilla.»

Otra en el balcón de la casa de la calle de San Marcos, que diga:

Desde este balcón habló tal día Zorrilla al pueblo, lo cual que también habló luego Becerra. ¡Viva la libertad!



Dice un periódico que un radical eminente ha dicho que á los carlistas los vencerá el nuevo gobierno con el himno de Riego.

¡Valiente majadero será el eminente radical!



En cuanto han subido al poder los radicales, se ha conocido en la fonda de Fornos.

Aquello está lleno de radicales.

Almuerzos, banquetes, meriendas... atracon perpetuo.

En esto es en lo que se distingue el partido radical.



Hasta el doctor Simon ha ido á Tablada á buscar á don Manuel para que haga el favor de hacernos felices.

Parece que, caso de no haber logrado dicho doctor sacarle de su retraimiento, hubiera ido también una comisión de la *Funeraria*.



Decían los periódicos que Ruiz Zorrilla no vendría de ningún modo, porque su dignidad se lo impedía, pero yo, desde el primer momento dije en el último *Cascabel* que vendría, y ya ven Vds. como ha venido.



El señorito se ha hecho radical, pero no los traga á los radicales, y el mejor día, en cuanto pueda, les dará un revolcón.

Y me alegraré, porque yo me alegro de todo lo que hace el señorito.



Pues, señor, es cosa divertida que á un hombre de los bigotes y las canas del general Serrano le haya dejado con un palmo de narices cierto señor.

Pero le está bien empleado al general. ¡Toma monarquía democrática, hijo!



REGALO A LOS SUSCRITORES DE «EL CASCABEL.»

A nuestros suscritores cuyo abono termina en el presente mes, les vamos á regalar, si lo renuevan ántes del 10 del próximo, un precioso libro, cuyas páginas están escritas por los hombres más eminentes de España en política, en ciencias y en literatura, libro curiosísimo y de gran importancia para las personas ilustradas.

El libro que anunciamos, cuyo título y demás condiciones diremos en otro número, se repartirá para el 20 del próximo Julio en Madrid y se remitirá á provincias á todos los suscritores que hayan renovado su abono.

Los suscritores por todo el año tienen derecho á recibirlo sin renovar el abono.

Suplicamos, pues, á los suscritores cuyo abono termina en fin de Junio, que lo renueven lo más pronto posible para arreglar la tirada que ha de hacerse del libro de regalo.

Los suscritores nuevos también recibirán el regalo.



Sabemos que merced á las cantidades con que contribuyen los fieles de esta corte para la construcción del templo incendiado de Santa Cruz, se está dando un sorprendente impulso á las obras. En esta semana se dará principio á la media naranja, la cual quedará concluida en todo este verano con la misma forma y sorprendente elevación que tenía la que fue arruinada por el terrible incendio.

Una distinguida señora, además de haber contribuido para las obras con una crecida suma en metálico, se ofrece á construir á su costa el altar colateral de la derecha, dedicado á San José, cuya preciosa efigie fué reducida á cenizas, cediendo un precioso cuadro, obra de relevante mérito artístico.

También otra señora, especial devota de la Virgen Santísima, está costeando las obras de reparación de la capilla del Rosario, la cual se abrirá al culto desde el domingo próximo.

Nuestro amigo particular el Sr. Gasset y Artime, ha sido nombrado ministro de Ultramar, y tenemos en ello una satisfacción, aunque no estamos de acuerdo, ni mucho menos, con la situación de que el Sr. Gasset forma parte.

Pero no dejamos de reconocer en nuestro amigo suficiencia y patriotismo bastantes para desempeñar con acierto el ministerio que se le ha confiado, y nos alegramos mucho de su elevación.

Por lo mismo que celebramos tan sinceramente su nombramiento, no le guardaríamos consideración alguna si sus actos como ministro llegaran á ser, que no lo creemos, dignos de censura.

Deben Vds. comprar los cinco tomos publicados de *Cuentos de salon*.

Miren Vds. que si no los compran, se van á agotar, porque tenemos confidencias de que los carlistas van á pedir todos los que haya existentes para entretener los ocios de la guerra.

La célebre frase de *era de noche, y sin embargo llovía*, acabada de ser reproducida por un diario malagueño. «Ha fallecido, dice, D. José Valdivia y Ponce, funcionario de los juzgados municipales, que, *sin embargo*, se hallaba enfermo.»

La *Gaceta* del miércoles sólo publicó SETENTA Y OCHO decretos referentes á movimiento del personal mientras se preparan algunos otros cientos. Los cambios que se verifican sin necesidad de decreto pueden calcularse en cuatro ó seis millares. El temor de los que se quedan, el despecho de los que se van, y la ineptitud de los que vienen, son garantía segurísima de que la administración continuará tan desquiciada como hasta aquí, víctima de conservadores y radicales, mal acostumbrada por los gobiernos moderados, y amenazada por los democráticos y republicanos.

Los políticos debieran exigir privilegio por haber resuelto el problema del movimiento continuo; los pobres empleados hacen la víctima.

Habíamos pensado escribir extensamente respecto á este asunto; pero habiendo caído en nuestras manos *El diario de un suicida*, que empezamos á insertar en este número, y que pinta con vivos colores ciertos males ya crónicos en la administración, omitimos toda clase de observaciones propias, y dejamos al muerto la responsabilidad de las suyas.

El elegante periódico *Los Niños* continúa publicándose con magníficos grabados y preciosos artículos. El último

número contiene una fábula inédita de Hartzzenbusch, una lámina de gran tamaño, biografías del Tostado y Zurbarán, con los retratos, y otras interesantes materias.

Suplicamos á los padres de familia que pidan números de muestra ó pasen á nuestra administración á ver los tomos publicados.

Se ha publicado el nuevo prospecto de los *Cuentos de salon* para el segundo semestre que empezará en Julio.

En este semestre se publicarán: *Madrid por dentro*, dos tomos, por Guerrero; *El hijo del sacristán*, dos tomos, por Frontaura; *La manzana de la discordia* y *El sueño de la felicidad* por el primero de dichos autores, y *Las madres*, por el segundo.

A suscribirse al momento.

Dice *El Imparcial*, que en cuanto se ha sabido que había entrado el gobierno radical, ha empezado la animación en San Sebastian y se han alquilado todas las casas.

¿Quiere V. callar, hombre?

Ni hay tal animación, ni tales casas tomadas, ni nadie tiene confianza ninguna.

Aunque han subido los radicales al poder, en la fábrica de corsés de la plaza de Celenque, núm. 1, siguen haciéndose á medida con notable perfección, y más baratos que en ninguna parte.

Todo el día estamos recibiendo visitas de señoras que se han hecho corsés en dicha fábrica, y están llenas de entusiasmo y contento.

Ahora que han subido los radicales se necesitan muchos paraguas para resguardarse del aluvion de diaparates que soltará el gobierno, abanicos para mitigar las sofocaciones que dará, y sombrillas para librarse de los rayos del sol Zorrilla.

Pues paraguas, abanicos y sombrillas no se venden en ninguna parte tan de buena calidad y elegante hechura como en casa de Torre, en la calle del Arenal, esquina á la plaza de Celenque.

MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO

NO MAS CABELLO BLANCO

POMADA REGENERADORA

Unica composicion que devuelve al cabello su primitivo color rubio, castaño ó negro, sin ninguna preparacion ni manchar.

Depósitos en Madrid. Puerta del Sol, núm. 5, portería; Concepcion Jerónima, 18; calle de Atocha, 87.

MADRID:—1872

IMPRENTA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos).